



Espagnol – LYCÉE – Texte en prose

Para detener lo fugaz, lo instantáneo, hay que fijar la vista en una cosa, mejor cuanto más efímera: una nube que cruza el horizonte, un perro que se aleja, un periódico llevado por el viento, y grabarla en la memoria para poder algún día rescatar a través de ella ese momento. Para detener lo fugaz, lo instantáneo, hay que saber que el azar, –la muerte– es lo único que permanece.

En la lucha de los hombres contra el tiempo –esa lucha denodada e interminable que todos sostenemos sin éxito hasta la muerte– la fotografía se ha revelado más eficaz que la pintura o que la novela. Entrelazando el miedo y la maravilla, lo burdo y lo teatral, la fotografía, al revés que aquéllas, nace de lo cotidiano, de la humildad de la luz, de la anécdota, para hacer lo irreal real y lo fugitivo eterno. Tal vez por eso, las fotografías más verdaderas, las más auténticas, son aquellas que reflejan escenas sin importancia o momentos de la vida intrascendentes. Así lo supieron ver, hace ya muchos años, los primeros fotógrafos, como Cartier-Bresson, cualquiera de cuyas fotos de vagabundos refleja mejor su tiempo que todas las historias y novelas de la época, y así lo entendió también, aunque más modestamente, el autor de ésta; seguramente el mismo de todas las anteriores –exceptuando, claro está, la de la escuela–, pero del que, pese a ello, no guardo ningún recuerdo.

Es la primera foto en color que me hizo; la primera foto mía en la que el color está ya grabado en ella y no como en la de la escuela, que fue pintada por el fotógrafo, para darle más realismo, sobre la imagen en blanco y negro. Pese a ello, el color es tan extraño como en ésta. Desvaído por los bordes o mezclado, a veces tenue y otras demasiado intenso, difumina las formas y las figuras hasta acabar confundiéndolas. Así, los árboles son blancos como las nubes; el castillete del pozo, azul; las casas, rojas enteras; la montaña, amarilla en vez de verde; y el coche de línea, malva como la carretera. Y, entre la carretera y las casas, doblando al pasar los árboles e inclinando las figuras de la gente que lo espera, la estela de éste es tan blanca que puede verse. Seguramente, así debe de ser el mundo en la imaginación de un ciego.

Julio Llamazares, *Escenas de cine mudo*, 1994